

*hominibus enim assumpsit carnem, sed non more hominum: nam Patrem habens in caelo, matrem elegit de terra; et illic natus sine matre, et hic sine patre. Idem, Tract. 26 in Joann.*

*Nomen Christi exprimit unitatem personae in duabus naturis, exprimit etiam dignitatem regiam et sacerdotalem, et gratiae plenitudinem propter unctionis prerogativam. S. Joann. Damasc. in Matth. cap. 16.*

*Deus Pater unicum Filium suum in utero virginis humanae naturae conjungens, Deum ante saecula sibi coaeternum fieri voluit hominem in fine saeculorum: et quem sine tempore genuit, salvandis hominibus cum tempore ostendit. S. Gregor. lib. 2 et 6 moral.*

*Putasne Filium Dei reputet Jesum quisquis ille est homo, qui ipsius nec terretur comminationibus, nec attrahitur promissionibus, nec praecipis obtemperat, nec consiliis acquiescit? S. Bernard. in serm.*

ti: tomó carne, pero no como los demás hombrés; porque, si en el cielo tiene un Padre, en la tierra quiso nacer de una madre; en el cielo fué engendrado de un Padre sin madre; en el mundo nació de una madre sin padre.

El nombre de Cristo expresa una sola persona en dos naturalezas, la dignidad de rey y sacerdote, y la plenitud de la gracia infundida por la unción divina.

Dios Padre, uniendo á su hijo divino con la naturaleza humana en el seno de una vírgen, quiso, que este Hijo Dios, igual á él, desde la eternidad, se hiciese hombre en el fin de los tiempos, dándonos temporalmente para nuestra salvacion, al mismo que engendró desde la eternidad.

¿Crees por ventura, que tiene á Jesús por Hijo de Dios el hombre, que desprecia sus amenazas, y no se fija en sus promesas, ni observa sus preceptos, ni estima sus consejos?

## JÓVEN ENDEMONIADO.

*Magister, attuli filium meum ad te habentem spiritum mutum.*

Maestro, yo he traído á tí un hijo mio poseído de cierto espíritu maligno que le hace quedar mudo.

(MARC. IX, 16.)

La sabiduría humana no instruye sinó de palabra; pero, la sabiduría divina encarnada nos instruye tambien con las obras; porque, siendo Jesucristo en sí la palabra animada, subsistente, personal, infinita y perfecta, es, á un tiempo, palabra y enseñanza para el hombre. Así, pues, miéntras este amoroso Señor, con sus divinas palabras nos revela sublimes misterios, importantes doctrinas y las verdades más interesantes, nos las confirma tambien, nos las pone en accion, digámoslo así, por medio de sus divinas obras, que son otros tantos discursos visibles, que están al alcance de nuestros sentidos. Y de este modo se realiza tambien el vaticinio de Isaías: esto es, que en la escuela del Redentor se nos instruirá, no solo escuchando, sinó tambien viendo: *Et erunt oculi tui videntes praepceptorem tuum* (ISAÍ. XXX, 20).

Y entre todas las obras del Dios hecho hombre, en particular sus portentos, son, á un tiempo, obras estupendas y palabras inefables; obras, porque, históricamente, son verdaderos; palabras, porque, al propio tiempo, son misteriosamente figurativos y proféticos. En ellos está la condenacion de todos los errores, la manifestacion de todas las verdades, la reprobacion de todos los vicios, la enseñanza de todas las virtudes, el premio de todos los méritos, el consuelo de todas las penas, y el remedio de todas las enfermedades.

Con efecto; ¿quereis conocer los deplorables estragos que el demonio causa en el alma por el pecado, y los medios de repararlos? El milagro de la curacion del jóven endemoniado nos presenta todo esto como en un cuadro, en el que podemos aprender tan importante verdad. Consideremos, pues, en el dia de hoy, este insigne milagro; y para hacerlo cual conviene, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Refieren los evangelistas, que, bajando Jesucristo del monte Tabor, donde se había trasformado milagrosamente, encontró un pueblo entero agrupado al rededor de los apóstoles, que habían permanecido al pié del monte, y los maliciosos escribas, que disputaban. Entónces se dirigió á la multitud, y les dijo: «¿Qué significa este desórden? ¿qué estais disputando?» Todavía en el semblante del Señor se echaba de ver la luz celestial, la inefable belleza y la majestad divina, con que se había aparecido á tres de los apóstoles en el Tabor. Al verle el pueblo aparecer tan majestuoso, tan resplandeciente y tan bello, se quedó estupefacto y asombrado. Y guardando todos silencio, le rodearon, saludándole con respeto, y prestándole homenaje, sin que ninguno se atreviese á contestarle. Solo un hombre afligido y pesaroso se le presentó en ademan suplicante, y postrándose á sus piés, le dijo: Señor y Maestro, soy padre, pero, soy el más desventurado de los padres. No tengo sinó un hijo; pero, ¿de qué me sirve tenerlo? En vez de ser mi consuelo y mi delicia, es, al contrario, mi afliccion y mi tormento. El demonio se ha apoderado de él, y lo ha vuelto mudo y sordo; y le maltrata, y le hace sufrir crueles tormentos. Miéntras vos, Señor, estabais en el monte, he presentado este infeliz hijo á vuestros discípulos para que lo curasen; pero, no han podido conseguirlo. Por esto os lo presento; *si vos podeis más* que vuestros discípulos, tened piedad de estos dos infelices, y poned término al martirio del padre con la curacion del hijo. De todo esto se desprende, que si el hijo de este judío estaba enfermo del cuerpo, más enfermo del alma estaba el padre; y si el uno era infeliz en la vida, el otro era pobre en la fé, porque atribuia á falta de poder de los discípulos el no haber curado á su hijo, en vez de culpar la debilidad de su fé. Así tambien, al presente, hay muchos cristianos, que culpan al clero de muchos desórdenes, que no tienen otro origen sinó la poca fé y la poca religion del pueblo; pues, es muy cómodo, hacer recaer sobre los demás, los males que ocurren por las faltas propias.

A éstos no debe dárseles otra respuesta, que la que Jesucristo dió al padre del jóven endemoniado, y en él, á todo el pueblo judío, con el que este infeliz padre tenia de comun los sentimientos de poca fé y de poco aprecio á los discípulos del Salvador. Con efecto, con un aire de impaciencia amorosa, les dijo el Señor: ¡Oh generacion incrédula, infiel y perversa! ¿hasta cuándo he de usar con vosotros de misericordia? ¿Hasta cuándo pondreis á prueba mi paciencia divina, con la injusticia de vuestras quejas, con el poco fervor de vuestras oraciones, con la hipocresía de vuestra piedad? Pero, despues de condenar así el piadoso Señor el endurecimiento de los judíos, y de tantos

cristianos, mucho peores que los mismos judíos, les dice: Traedme acá ese infeliz jóven; para demostrar, que el hombre celoso debe, á ejemplo de Jesucristo, reprender el vicio, pero, usar, al propio tiempo, de misericordia con el vicioso. Notad igualmente, la sabiduría y la dulzura con que el Salvador reprende y corrige la enfermedad de aquel padre judío, que había dicho al Señor: «Si vos teneis algun poder.» Hablando de este modo, manifestó, que dudaba del poder de Jesucristo, y manifestó toda la imperfeccion y la pobreza de su fé. Con todo, el Salvador no se da por resentido de esta ofensa; no reprende, no reconviene á los que se la han hecho; solo se limita á encargarles, que tengan mucha fé, asegurándoles, que la fé todo lo puede.

Pero; cuán misteriosas y bellas son estas palabras del Salvador: «Si puedes creer, todo es posible al que cree!» El leproso que, animado de la confianza en el poder divino del Señor, dijo: «Señor, si quereis, podeis curarme;» mereció ver recompensada su fé con esta magnífica respuesta: «Sí, quiero; queda curado al momento.» Al contrario, al que le dice: «Si podeis,» le responde tambien el Salvador en términos dudosos: «Si tú puedes creer, lograrás lo que quieres, porque el que todo lo cree, todo lo alcanza.» ¡Oh, cuán instructiva es esta respuesta! Por ella vemos, que Dios usa, en cierto modo, con nosotros el mismo lenguaje que nosotros usamos con él; que toma de nuestro corazon la norma de sus actos; que nosotros participamos de sus beneficios, segun las disposiciones con que los recibimos, ó la mayor ó menor confianza con que los solicitamos; que lo que coarta su gracia, no son los límites de su poder ó de su misericordia sin límites, sinó la debilidad de nuestra fé; y que el que todo lo cree, todo lo consigue. Feliz fué, por lo tanto, el hombre á quien nos referimos, pues, habiendo comprendido al fin la importancia de esta leccion, prorumpió en un copioso llanto, movido por el dolor de su infidelidad pasada; y entre la confusion y la confianza, empezó á repetir muchas veces á grandes gritos: «Sí, Señor, yo creo; dignaos, con todo, suplir con vuestra gracia lo que falta al perfeccionamiento de mi fé;» enseñándonos con esto, que la verdadera fé, la fé sólida y perfecta, que es del agrado de Dios, no es fruto del racionio, sino de la oracion; y que nuestra fé siempre es débil y enferma, si el mismo Hijo de Dios, que la inspira con su gracia, no la sostiene con sus auxilios.

Entre tanto, el afligido padre hizo aproximar su desgraciado hijo, y el demonio, confuso y furioso de verse en presencia de Jesucristo, empezó á conmovor horriblemente al jóven; y derribándolo en tierra, lo hizo revolcarse en el suelo, entre la espuma que arrojaba. Entónces el Salvador, con aire de majestad, como Señor y como Dios, repre-

dió la audaz insolencia del espíritu infernal. Espíritu sordo y mudo, le dice, te mando que salgas del cuerpo de este hombre, y que no vuelvas á entrar en él: *Surde et mute spiritus, ego præcipio tibi; exi ab eo, et amplius non introeas in eum* (MARC. XXIV). En virtud de esta orden, el demonio dió un horrible grito; y sacudiendo rudamente al jóven, salió al momento, dejándole en tierra como un cadáver frio, de suerte, que los circunstantes exclamaron: «Está muerto.» Inclinandose entónces Jesucristo, tomó por la mano al jóven, y éste, con semejante auxilio, se puso en pié, y le entregó vivo y sano á su padre. ¡Oh poder, oh misericordia, oh amor de nuestro Salvador! el piadoso Señor, con el simple tacto de su amorosa mano, volvió á la vida al infeliz, que el impío enemigo del hombre habia dejado por muerto.

2. Este milagro de Jesucristo se reproduce cada dia en las almas de los pecadores arrepentidos, que libra de los embates del diablo, de los que, segun los Padres y los intérpretes, fué una figura la posesion del jóven endemoniado. Con efecto, el mismo Jesucristo ha dicho en el Evangelio: Aquel que me ama, será amado de mi Padre, y yo y mi Padre nos poseionaremos de su corazon y fijaremos en él nuestra morada (JOAN. XIV). Por lo tanto, si es cierto, segun estas palabras, que el mismo Dios habita realmente en el alma justa, es muy natural la creencia, de que el demonio, si no segun su esencia, al ménos por su malicia, habita realmente en el alma del pecador.

Así es, que el Evangelio, la tradicion y la liturgia de la Iglesia, reconocen dos clases de invasiones del demonio: la una, corporal; y la otra, espiritual. La invasion corporal era, la que se vió en el jóven de quien hemos hablado, y la que sufría esa multitud de endemoniados que, segun refiere el Evangelio, fueron curados solo con una palabra, y aún solo con la presencia de Jesucristo; y, finalmente, la de los poseidos, que se libran del demonio con los exorcismos y por los ministros de la verdadera Iglesia, única en quien reside este poder, conferido por Jesucristo. Al contrario, la invasion espiritual es, por ejemplo, la de Judas, de quien dice el Evangelio, que, despues de cometer el horrible sacrilegio de recibir la Eucaristía en pecado, entró el demonio en su corazon y tomó posesion de él. Lo es tambien, la invasion á que nacen sujetos todos los hombres por el pecado original; por lo que la Iglesia, en la administracion del bautismo, empieza la ceremonia sagrada, exorcizando al catecúmeno y arrojando al demonio, que mora en su alma por el pecado.

La invasion diabólica del cuerpo ocurre, á veces, sin culpa del que la padece; pero, la invasion del alma siempre viene en pos del peca-

do, como una consecuencia suya. La primera, á pesar de que se manifiesta con horribles señales en el cuerpo, no cambia en el alma la paz y la gracia de Dios; la segunda, al contrario, dejando el cuerpo sano y tranquilo, produce en el alma grandes estragos y ruinas. Y á la verdad, así como Dios, que mora en el corazon del justo, santifica todas sus potencias y ennoblece todos sus sentimientos, y le inspira, le sostiene, le dirige, le ennoblece, y le convierte, no sé si diga en hombre angélico ó en ángel en carne humana; de igual suerte, el demonio, que reside en el corazon del pecador, vicia todas sus potencias y corrompe todos sus sentimientos, y le posee, le arrastra, le oprime, le degrada y le convierte, no sé si diga en un diablo humano ó en un hombre endemoniado. Y así como Dios, dice san Pablo, por medio de su gracia, influye en las almas justas: *Non ego sed gratia Dei mecum* (I COR. XV); así tambien el demonio influye en los pecadores con su perversidad. Mas, así como la accion de Dios en el justo no mengua la libertad del bien, sinó que la conserva, la engrandece, la perfecciona, y deja intacto el mérito de la virtud que le inspira, en lo cual consiste el gran misterio de la gracia; así tampoco la accion del diablo en el pecador, destruye en él la libertad del mal, sinó que la robustece, la sostiene, la aumenta, y le deja intacta la culpabilidad del vicio que le sugiere; y ved ahí en qué consiste el horrible misterio del pecado.

3. Y ¡por qué ¡gran Dios! un velo densísimo, tras el cual solo penetran las miradas purísimas de la fé, ha de cubrir á los ojos del cuerpo los misterios del mundo espiritual? ¡Oh, si este velo se descorriese, siquiera por un momento, cómo ocultarian los pecadores su rostro ruborizado! Entónces veriais, que, cuando creéis seguir vuestros caprichos, seguís ciegamente y sin conocerlo los caprichos del diablo, cooperais á sus designios, trabajais en favor de sus intereses y realizais su voluntad criminal. Entónces conoceriais, con vergüenza y pesar, que, miéntras creéis ser señores, obedecéis; miéntras creéis ser libres, doblais el cuello bajo el yugo de la más vergonzosa esclavitud, siendo juguetes miserables del más inmundo, del más abyecto, del más cruel de todos los tiranos. Considerad, empero, estos terribles efectos, que la accion del diablo produce invisiblemente en el alma del pecador, retratados exactamente en los efectos que producía, de un modo visible, en el cuerpo del jóven endemoniado. En primer lugar, el demonio le habia vuelto mudo y sordo, y así tambien, al alma que tiraniza, la vuelve sorda á la voz de Dios, y muda para la oracion. El demonio hacia arrojar al jóven espumas por la boca, le hacia rechinar los dientes y entorpecía su cuerpo. Esto mismo pre-

cisamente repite en el alma del pecador. Con efecto, el pecador arroja espumas, por el lenguaje escandaloso que usa; rechina los dientes, por la facilidad con que se enoja al verse despreciado, y se gasta con su vida perezosa y holgazana. El jóven del Evangelio era impelido por el demonio, para arrojarse, á veces, al fuego, y otras, al agua; y así tambien es arrastrado el pecador por el espíritu del mal, que le posee, á abandonarse, unas veces, al calor de la ira y al furor del ódio, y otras, á los excesos de la impureza, que enervan y debilitan el alma, la gastan y disuelven, como el agua disuelve y destruye los cuerpos.

Del propio jóven, se dice tambien, que el demonio, levantándolo en alto, le tiraba y hacia dar golpes contra el suelo. Esto mismo hace siempre el diablo, este su método, y esta su conducta con sus secuaces; así los aconseja, los dirige, y los conduce: hace que pasen en alto por el orgullo, para hacerles despues caer más vergonzosamente en todos los vicios. En vano, pues, hombres del siglo, enorgullecidos con vuestra culpable prosperidad, hinchados y engreidos con vuestra inmerecida grandeza, con el corazon rebosando soberbia, con el espíritu altivo, con la cabeza erguida, y la frente proterva, creéis obtener dominio en el cielo de la sociedad humana; vosotros, de seguro, caereis á tierra, arrojados de la altura á que os habia elevado el carácter y la profesion de cristianos. El jóven, que estaba poseido del demonio, apenas ve de léjos al Señor, se conmueve, se agita, y hace todos los esfuerzos posibles por apartarse de él; así tambien los pecadores, que tienen el demonio en el corazon, cuando están en los templos y delante de los altares, al celebrarse las ceremonias sagradas, en compañía de las personas sagradas, en los dias de las grandes solemnidades que recuerdan á su Dios, que los elevan á Dios, experimentan un disgusto interior, un tormento oculto, un temblor, unas palpitations, que les colman de turbacion y de congoja. Por último, obligado el espíritu inmundo, por órden del Hijo de Dios, á salir del cuerpo del jóven, al efectuarlo, lo agita extraordinariamente, lo conmueve, lo atormenta, y le hace prorumpir en horribles gritos. Así tambien el demonio, próximo á salir del alma del pecador, que va á ser curada por Dios, la atormenta más que nunca. Con efecto, al postrarse el pecador á los piés del ministro sagrado de la penitencia, experimenta una mayor repugnancia, más vivo remordimiento y mayor vergüenza de confesar su pecado; y con la palidez en el rostro, con palpitations en el corazon, enronquecida la voz, la lengua balbuciente, confuso é incierto, quisiera ya haber acabado, y no sabe cómo ni por dónde comenzar. Pero, ¡ feliz el pecador sí, triunfando de esta astucia, con que el demonio hace al alma tan tímida para con-

fesar sus culpas, cuanto era el atrevimiento que le habia infundido para cometerlas, expone al sacerdote de Jesucristo, como á Jesucristo mismo, la enfermedad de que adolece su corazon! Las sublimes palabras, pronunciadas sobre él por el sagrado ministro: «Yo te absuelvo,» tendrán, entónces, toda la eficacia de las palabras pronunciadas por Jesucristo sobre el jóven poseido del demonio; y absolviéndolo de los vínculos del pecado, le librá, para siempre, de la invasion del demonio.

Si bien es verdad, que la curacion perfecta, de que hemos hablado, fué obra del poder y de la bondad de Jesucristo, no es ménos cierto, que el jóven curado contribuyó á ella por su parte. El evangelista observa, que miéntras el Señor le levantaba del suelo con piadosa mano, hizo el jóven un esfuerzo, y se puso por sí propio en pié. Pues bien: Jesús, al extender la mano, para levantar al que estaba en tierra como muerto, hizo lo que Dios, que acude el primero con su gracia al socorro del hombre; y el jóven, que, por sí propio se levanta del suelo, significa el hombre, que corresponde y coopera á la gracia de Dios. Para que de la vida diabólica nos elevemos á la vida divina, hace mucho de por sí la gracia; mas, no lo hace todo. Nos prepara, ahuyenta al enemigo con su poderosa voz, nos ayuda y nos sostiene; mas, exige que nosotros tambien le ayudemos, cooperando con nuestros esfuerzos y nuestras obras.

¿ Cuáles son estas obras? El mismo Jesucristo nos lo indica en el Evangelio; pues, habiéndole dicho los apóstoles: Señor, ¿ por qué no pudimos nosotros arrojar este demonio? les contestó el Señor: Porque es débil vuestra fé; y despues añadió: Esta clase de espíritus malignos no se vencen sino con la oracion y el ayuno. ¡ Magnífica é importante enseñanza, que con estas palabras ha querido nuestro divino Maestro darnos á nosotros en persona de los apóstoles! En primer lugar, nos ha manifestado la necesidad de una fé viva y de una gran confianza en su divino auxilio. Pero, la fé, por sí sola, no basta, se necesita añadirle la oracion y el ayuno; y solo con estas armas podemos triunfar de los espíritus inmundos, á los cuales habíamos dado acogida por el pecado. ¡ Desgraciados nosotros, si, dando al olvido estas importantes prácticas, dejamos, que el diablo viva en nosotros por el pecado!

Pero, felices si, con humildes oraciones y sérias abstinencias, imitando al jóven del Evangelio, que, libre del demonio, apareció como muerto, morimos al mundo de los sentidos y de las ilusiones, para vivir en Dios y con Dios. ¡ Oh! ¡ cuán venturoso será entónces nuestro estado! Dios estará en nosotros y con nosotros, y nosotros en los

brazos de Dios, como un niño en los brazos de su madre, que, al despertar, se encuentra junto á ella; y ella le sostiene con su leche y lo colma de besos y caricias. Así nos acontecerá á nosotros, si vivimos en Dios y para Dios, y morimos en el seno de Dios; despues de descansar en la muerte, despertaremos en los brazos de Dios, que nos estrechará en su seno, nos colmará de paz y de su amor, y verterá abundante en nuestro corazon, el néctar misterioso del gozo infinito y de las eternas dulzuras, que os deseo á todos.

JOVEN; véase: JUVENTUD.

## JUBILEO.

*Pro Christo legatione fungimur, ... Obsecramus pro Christo, reconciliamini Deo.*

Somos como unos embajadores en nombre de Cristo, ... Os rogamos pues encarecidamente en nombre de Jesu-Christo, que os reconcilieis con Dios.

(II Cor. v, 20.)

Vengo hoy dia, hermanos míos, en calidad de embajador y de ministro de Jesucristo, á representaros vuestras obligaciones, y á traerlos, de parte de Dios, palabras de reconciliacion y de gracia. Vengo á anunciaros sus misericordias en el jubileo, que abro hoy dia para vuestra santificacion y por su gloria; hoy es cuando se ostentan su bondad y su magnificencia. Sacerdotes de Jesucristo, abrid para refugio de los pecadores todos los tribunales de la penitencia, sembrad cruces por todos sus caminos, como testimonios de su salvacion; preparadlos para su conversion palabras de espíritu y de vida; haced de la sangre de Jesucristo un bálsamo saludable para todas sus llagas; y si la justicia de Dios los confunde á la vista de sus pecados, hacedles ver su caridad y su amor en la indulgencia, que se publica por toda la Iglesia. Por esta gracia singular, como que se desposee Dios de sus propios derechos para aliviar nuestra flaqueza, para redimir nuestras deudas, y como que echa sobre nosotros el precio de una

nueva redencion, para darnos la libertad de sus hijos y ponernos á cubierto de las pesquisas de su justicia; ¿con qué reconocimiento debemos nosotros recibir un tan gran beneficio? ¿Con qué cuidado es necesario recoger el fruto?

Para instruiros plenamente de todo el asunto de que debo hablaros, he resuelto mostraros: Primero: *Las ventajas que nos produce este jubileo.* Segundo: *Las disposiciones para ganar este jubileo.*

Pidámosle á Dios que nos alumbre con sus luces, por la intercesion de María. A. M.

1. El jubileo, hermanos míos, es una gracia de condescendencia y de caridad, que la Iglesia concede á los fieles penitentes, relajando las reglas de su disciplina ordinaria sobre las satisfacciones y sobre las penas del pecado, por compadecerse de la flaqueza de los pecadores, que no tienen fuerzas para llevar todo el peso de la iniquidad, ni tiempo para proporcionar á la enormidad de sus delitos el rigor ó la duracion de su penitencia. Supongo, lo primero, que hay dos cosas en el pecado, que nos hacen indignos é incapaces de poseer la gloria, que Jesucristo nos ha adquirido por su sangre, y Dios nos ha preparado en el cielo por su misericordia: *la culpa* ó la ofensa hecha á Dios, que repugna á este amor del soberano bien, que es el santo y continuo ejercicio de los bienaventurados; y *la pena*, que es opuesta al goce y posesion de este mismo soberano bien, que constituye la consumacion de la gloria y la entera felicidad de los santos. Quiero decir, que hay en el pecado un fondo de malicia, en que la mala voluntad del hombre se halla, digámoslo así, envuelta en la ira de Dios. El desprecio de su grandeza, el olvido de sus juicios, el abuso de sus gracias, la infidelidad á su soberano, la desobediencia á su ley, la ingratitud á sus beneficios: ¡oh, qué fecundidad de males, y cuántos delitos en uno solo!

De aquí se sigue, por una consecuencia necesaria, la obligacion de sufrir la pena y el castigo, sea en este mundo, ó sea en el otro. Los remordimientos, las inquietudes, las cruces, las austeridades de la penitencia son debidas al pecador; y lo que es más, el infierno se abre, los fuegos eternos se encienden para él, y la justicia divina está dispuesta á sacrificar esta miserable víctima á sus venganzas eternas. Asustaos, hermanos míos, y temblad, si habeis sido tan desgraciados, que habeis cometido un pecado mortal. Esta es una deuda que habeis contraido con la justicia de Dios, y el pago de esta deuda es el sufrimiento de la pena eterna, si no se os perdona por el ministerio del